

## *In memoriam*

**Charles F. Fraker**

(2 de febrero 1923 - 23 de noviembre 2020)

*Luisa López-Grigera*

Presentar a los lectores de una revista especializada en Retórica e Historiografía a un viejo profesor americano, dedicado a estudiar la Edad Media española, puede no ser tan fácil. Porque sucede que la verdadera y primera profesión de Carlos Fraker, al que muchos colegas vinculados a esta revista conocen por sus valiosísimos estudios sobre Alfonso X,<sup>1</sup> y sobre la retórica en el *Poema de Alexandre* y en la *Celestina*, no era la filología sino la música. En efecto, el profesor Fraker, en sus estudios de grado no había solfeado profesionalmente ni la tercera declinación latina, ni la yod romance, sino las claves, no solo la de sol y la de fa, sino todas las otras. La armonía la había estudiado con Hindemith en Yale, donde se graduó en 1946. Como ejecutante era tan excelente al piano como al clave. La música la solfeaba verdaderamente no solo cuando la ejecutaba, sino también cuando la escuchaba.

A veces las dificultades para ejercer plenamente y con dignidad la profesión obliga a muchos estudiosos a escoger otro campo en el que haya mayores oportunidades de trabajo plenificante. Un campo vecino. El de las artes literarias fue su elección, y lo eligió vecino y próximo: hispanohablante por la madre puertorriqueña y por el padre, anglo-americano, profesor de español, la escalada profesional la hizo a través de una maestría en Filología Hispánica en la Middlebury Spanish School de Madrid en 1953, y de un doctorado en 1963 (sobre el *Cancionero de Baena*) en Harvard, donde encontró a la compañera del resto de sus días —Doris Cross—, alumna estimadísima de Jorge Guillén y brillante estudiante de doctorado de Español en Harvard.

---

<sup>1</sup> Acababa yo de llegar a Ann Arbor. Fraker había publicado en *Romania* un artículo sobre Alfonso el Sabio, a propósito del cual Raimundo Lida me comentó por teléfono: “Nos ha salido un nuevo don Ramón”.

Y ya le tenemos instalado dos años más tarde en la Universidad de Michigan. Allí, en Ann Arbor, fue donde le conocí, cuando me integré diez años más tarde. Allí fui testigo de su condición de maestro, de excelente maestro y amigo tanto para los pregraduados como para los doctorandos. Allí le encontré tantas veces leyendo en algún rincón de una de aquellas librerías annarboritas que se parecían más a las del viejo mundo, tanto que Borders, su favorita, acabó instalándose no sólo en toda América, sino también en Europa. Allí su profundo sentido del humor frecuentó excelente amistad dialogante con colegas de todas las disciplinas. Y como es lógico dada la condición de intelectual auténtica de su esposa, la casa de los Fraker fue un precioso centro de vida humanística. Y para mí, particularmente, lugar privilegiado.

Si se me pregunta cuál fue la clave de esa vida de autenticidad profesional, yo diría sin duda que Carlos Fraker fue un verdadero estudioso de los que quieren saber lo que ignoran y quieren saberlo de verdad y llegar hasta el fondo a través de todos los recovecos de sus galerías subterráneas, de los que no se satisfacen con saber lo que ya se sabe, porque lo que se sabe no alcanza a explicar los recónditos secretos de esa armonía apenas perceptible, pero existente en lo que se quiere conocer, que Carlos estaba totalmente incontaminado de esa lepra que ha invadido el mundo de nuestras universidades, que es trabajar para el *curriculum*: asistiendo a cuanto congresito se celebra por ahí, publicando y publicando.<sup>2</sup>

Luisa López-Grigera  
*University of Michigan*

---

<sup>2</sup> Se ha dicho que en las universidades de EE.UU. existe un precepto: “Publish or perish”. Tal vez lo hubo, pero hace mucho tiempo: a principios de los ochenta las mejores universidades americanas advirtieron en sus campus sobre el daño que podía acarrear la frecuencia en el publicar: en la nuestra de Michigan se aconsejó que no se hiciera con menor distancia que tres años entre uno y otro trabajo.